

PARADOJA Y ENCUENTRO EMOCIONALES

Fragmento de la novela "Gloria del Panecillo", del autor regional Jorge Rubén Morales

Bastante avanzada la noche, el tren desembarcó los viajeros en el andén.

Un viento frío acesaba, implacable, los seres.

Ana-María y Moyon admiraron las barriadas de la capital de Andalucía, desde el interior de un taxi. Granada es muestrario de edificios de rara uniformidad. Abundan las casas bajas, con ventanillas cubiertas del hierro primorosamente trabajado por cultores del arte de los antiguos artifices semitas, que fueron geométricos intuitivos. Los tranvías eléctricos, los omnibus, los automóviles, la feérica iluminación de los escaparates en las tiendas, los avisos luminosos en los cines y el comercio, la muchedumbre bulliciosa entrando y saliendo de los cafés; todo, en la marejada desbordante y rumorosa de las gentes, denunciaba la urbe moderna de cuyos dominios callejeros mucho tiempo ha que fueron precaristas las mantillas y las ramilletteras, los galanes de leyenda y la sonoridad cantante de las castañuelas.

Los momentos se hicieron largos en el Hotel, para rendirse al sueño traído en el natural cansancio de la larga jornada en ferrocarril.

Al día siguiente, la mañana partió bajo la caricia de un sol generoso.

Un vaho sutil de humedades fragantes venía del Darro, y una suave brisa ponía ligeros estremecimientos en los árboles de la plaza.

Nubes oscuras atropellábanse a gran altura, y entonces una mancha de sombra, nítida y de incomparable uniformidad, como en las láminas de un arquitecto, vestía la fachada bizarra de los edificios.

En lontananza, sobre las históricas colinas, el cielo cubríase de tapices multicolores, encerrando un fondo de topacios donde pasa la procesión fantasmal de las mesnadas vencedoras y las aguerridas huestes vencidas, unas y otras civilizadoras de España.

La perspectiva se hace apremio de mago, mientras la mirada se hunde en la profundidad de las vegas y en el abdomen de las colinas, apretadas del oscuro verdor de los olivares. En los espacios claros, cada árbol, es un enorme clavo de brillante metal. La imaginación de Enrique juega con las sugerencias despertadas a la vera de los troncos metálicos, y asiste, en las márgenes del Genil, junto a una pequeña mezquita, a la ceremonia soberbia y triste de la entrega de las llaves de la ciudad por el Rey Chico a Fernando de Aragón.

Llevados del ritmo de sus pasos sonámbu-

los, Ana-María y Enrique cruzan el atrio de la Catedral. Acaso los subyugara el silencio que súbitamente se hace en la plazoleta inmediata a la mole imponente del templo, como si una bocanada de pretéritos hiciera enmudecer la viva presencia de las cosas actuales. La cifra de un mensaje escribe la hierba crecida entre las grietas del rostro de piedra. No una idea, sino mejor un sentimiento religioso reverdece y mana su conjuro de estos muros. Luego, el alma se arroba, se hace pequeña y entra en el coma inefable del asombro, frente a la maravilla del hierro trabajado como un encaje de Holanda, que guarda el sepulcro de los reyes doña Isabel y don Fernando.

España tiene muchas catedrales, cada una de ellas con su encanto particular; ésta de Granada es la que mejor aviva en el recuerdo de quienes la visitan, la belleza inigualable de sus formas y la grandiosidad del símbolo histórico. Porque aquí está el monumento de la Hispanidad, puerta de tiempo por donde un día Colón marchó tras de su sueño, hostigado por los trágidos danzantes de la Inquisición.

El nudo de nuestra historia no está en El Escorial, iglesia, palacio, convento y mausoleo, biblioteca, museo y relicario, refugio para la conciencia de Felipe, que lo acusaba desde las entrañas baldadas de la madre de Carlos V; no es Avila de los Caballeros, solar de Teresa, gravitando la santidad ascética de sus moradores sobre la desnudez atormentada de los montes alcañones; no está en Burgos, quietud y milagro de voces atropellándose en una procesión de silencios cabe la tumba del Cid; no es Toledo, ni Sevilla, ni Barcelona, ni Lérida, ni Santiago, ni Zaragoza donde Nuestra Señora del Pilar cubre de un manto de azulejos la historia de Roma... Es Granada, con esta Catedral donde los ojos no se cansan de velar ante el oro de los capiteles y las tumbas de los reyes, Isabel, Fernando, Felipe el Hermoso y doña Juana a quien su mucho amor enloqueció; las del ilustre converso don Fernán Pérez del Pulgar, cronista de aquellos tiempos, y el morisco Fernández de Córdoba, perseguido aún después de muerto por el de Aragón.

Sin embargo, a la vera del mármol y la esplendidez de las capillas, un hálito de frialdad y de tristeza acompaña a las quietas mujeres enlutadas que oran delante de los baheros donde arden los cirios. Un augurio de dolores renacientes flota su ensalmo de espaldas en el ambiente. Pero, ellas rezan absor-

Paradoja y encuentro emocionales. [artículo]

FECHA DE PUBLICACIÓN

1955

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Paradoja y encuentro emocionales. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile